



CONVERSACIÓN CON
CLAUDIA POBLETE HLACZIK

COLEGIO RUDOLF STEINER
2023

Esta conversación tuvo lugar en mayo del 2023 en el Colegio Rudolf Steiner y se comparte únicamente al interior de la comunidad educativa como material pedagógico. Tuvo lugar en el marco de la época de Historia, Política y Ciudadanía, Geografía y Literatura en la que se abordó de manera interdisciplinaria el período de la última dictadura cívico-militar y la guerra de Malvinas, bajo el lema “Memoria, Verdad y Justicia”. En el 2023 se cumplen 40 años de democracia.

Agradecemos enormemente la predisposición de Claudia para hablar con los y las jóvenes con tanta sinceridad y cariño.

El arte de tapa es de Luis Felipe Noé “Todo es posible a condición de que sea lo suficientemente absurdo”

A la memoria de Gertrudis Hlaczik y José Poblete, detenidos y desaparecidos desde el 28/11/1978.

Palabras preliminares:

Recuperar la memoria de las instituciones, de las pequeñas historias que hacen a nuestra escuela, fue algo que siempre me movilizó como profesor de Historia y Ciencias sociales.

Cuando Leila Markarius, ex alumna e hijo del excelente fotógrafo de origen egipcio Sameer Markarius, me introdujo en la biografía de Gertrudis Hlazic, una ex alumna de la escuela Rudolf Steiner que fue desaparecida por la última dictadura cívico militar, me pareció muy importante poder combinar y conocer con su hija Claudia Poblete para la realización de una charla presencial con los alumnos del 12vo y el 11vo de la escuela. La biografía de Claudia es una historia que pone en juego y moviliza todos los aspectos presentes en las historias de vida de aquellas personas que han sido atravesadas por la violencia institucional del estado en el periodo que va de 1976 a 1983. El caso Poblete fue el caso que permitió la reapertura de las causas de lesa humanidad a partir de un fallo de la corte suprema.

Recuerdo que cuando me acerqué a la historia quise encontrar en los registros de la escuela el nombre de su madre. Fue así que, luego de revisar varios libros de actas, fue mucha la emoción al ver el apellido Hlazic en el registro y las notas que acompañaron ese proceso. Me imaginé sus vivencias en la escuela, sus pinturas, sus escritos, sus amigas, que en cierta manera fueron los encuentros que la marcaron y que la llevaron a acompañar a su compañera y amiga no vidente Mónica Bruhl, y así conocer a su futuro marido y pareja Jose Poblete.

La visita de Claudia también es un hito para la escuela, ya que es la primera vez que se recupera y se cuenta a los alumnos una historia vinculada con la dictadura militar que tiene un profundo sentido y que acompaña el enfoque propuesto desde nuestra pedagogía para abordar los temas en las ciencias sociales. Creo que esta charla también fue muy importante para Claudia que, una vez que recuperó su identidad y conoció la historia de su madre, investigó sobre la pedagogía Waldorf, y hoy por hoy es madre en la Escuela Juana de Arco de Capital Federal.



Conversación con Claudia Poblete Hlaczik

Mayo de 2023



Juan Satorre

Docente: Le damos la bienvenida a Claudia que va a estar acá contándonos su historia, seguro para ella también es un momento muy especial, ya que su mamá fue ex alumna de esta escuela y es una de las personas desaparecidas durante la última dictadura cívico militar en Argentina. Este tema lo venimos trabajando tanto en literatura como en historia. A Leila también la voy a presentar, ella es una ex alumna de la escuela que me escribió a mí como profesor de Historia y me contó la historia de Claudia. Para mí fue muy emocionante. A partir de eso nos ponemos en contacto y pudimos concretar finalmente esta charla en donde vamos a escuchar en primera persona una historia muy fuerte y muy importante. Trudy, su mamá, estuvo en estas aulas. Bueno, Claudia, elegirás qué parte contarnos. Por supuesto después podremos hacer un intercambio de preguntas, si vos querés. Es la primera vez que en la escuela esta historia se recupera y se cuenta. Es muy valioso para todos los que podemos estar hoy acá. Gracias, Claudia, y gracias, Leila, por hacernos de puente.

Claudia: Gracias a todos y a todas, gracias Juan, gracias Leila, como les dije, para mí es bastante especial estar hoy acá. Mi nombre es Claudia Poblete Hlaczik, yo soy la hija de José Poblete y de Hector Islas Hlaczik. Yo nací el 25 de marzo de 1978. Mi papá José Poblete, él era chileno. Él había nacido en Chile, había sido un chico de clase de trabajadora, la familia de mi abuela tuvo otros seis hijos aparte de él, mi papá era el hijo mayor, eran gente de clase trabajadora y de Santiago de Chile, mi abuela trabajaba

limpiando casas particulares. Él había sido un chiquito que desde siempre se había interesado mucho por el tema de la política. A mi abuela siempre le decían que él era muy chiquito y ya se interesaba por saber por qué pasaban determinadas cosas, por ver qué podía hacer él para cambiarlas. Una historia que cuenta una de mis abuelas es esa, que ella se iba a trabajar y cuando volvía se encontraba cajas de cuadernos y de lápices que él conseguía pidiéndole a los vecinos, pidiendo en la escuela donde él iba, y a la tarde cuando volvía les daba clases para enseñarles a leer y escribir a los chiquitos que no podían ir a la escuela y tenían que trabajar. Ese era un poco como era él, ¿no?

Mi papá a los 14 años tuvo un accidente ahí en Santiago de Chile. Se cayó de un tren y el tren le cortó las dos piernas. Entonces, a partir de ahí, se las tuvieron que amputar, le quitaron sus piernas, y empezó a usar muletas. Ahí la posibilidad que le surge a él es de venir acá a la Argentina a recibir tratamiento y poder tener sus piernas ortopédicas, cosa que en Chile no podía ser. Él tenía 16 años cuando pasó esto y se vino acá, a Buenos Aires. En Buenos Aires hay un centro de rehabilitación que en ese momento funcionaba en el Bajo Belgrano. Todavía funciona hoy en ese lugar, que es en el Bajo Belgrano cerca de la avenida Libertador, cerca del barrio chino, la Agencia Nacional de Discapacidad. Es un lugar donde hay una posibilidad para que las personas que tienen alguna discapacidad hagan su rehabilitación. Él fue ahí y ahí conoció a otras personas con diversas discapacidades, motrices, intelectuales, algunas personas no videntes, y él con su inquietud política los invita, los une, los motiva, digamos, para formar un frente que luchara por los derechos de las personas con discapacidad. Ellos empiezan a hacer un cambio de mentalidad. Hoy por hoy es algo que lo nombramos un poco más, pero en ese momento era muy novedoso pensar que las personas con discapacidad no sean sujetos de caridad o de solidaridad, sino que sean sujetos de derechos. O sea, que tengan derecho a una vivienda digna, recibir la atención media que necesitan, a tener un sueldo con el que puedan vivir. Ellos se unen y forman ese frente que en ese momento se identificó, estamos hablando de la década del 70, ¿no? 75, 74. Se llamaba el Frente de Lisiados Peronistas. Una chica, Monica Bruhl, que era ex alumna de acá, de esta escuela, ella era no vidente, era una persona ciega,

ella se une a este grupo a través de jóvenes que se conocían.

Bueno, ahí hay toda una historia. Ellos iban a escuchar música. Mi mamá era muy amiga de Mónica Bruhl, acá en la escuela. Mi mamá se llama Gertudis, le decían Trudy. Y ellas iban a escuchar música a la Iglesia Redonda porque les gustaba escuchar música clásica, música de Bach. Iban ahí a escuchar conciertos y ahí conocieron a este grupo de chicos y se unieron a ese grupo. Y así se conocieron mi papá y mi mamá antes de que comenzara la dictadura ahí en Belgrano. Mi mamá vivía acá muy cerca, en la calle Juan B. Justo, por ahí estoy diciendo una pavada porque no me acuerdo bien. Mi mamá vivía acá muy cerca, era de familia de una ascendencia alemana. Ellos habían elegido esta escuela para que ella viniera sin saber mucho lo que era la pedagogía Waldorf, la habían elegido porque era la escuela alemana que les quedaba más o menos cerca.

Mi abuelo era carpintero urbanista, mi abuelo era ama de casa y mi mamá tenía otra hermana, más chica, que se llamaba Erika, que también vino acá a esta escuela. Mis papás se conocen y empieza la dictadura en marzo de 76. Ellos como tenían militancia política deciden irse a vivir juntos. Se van a vivir juntos, mi mamá se va de su casa de acá, se va a vivir con la familia de mi papá, al sur de la provincia de Buenos Aires, cerca de Guernica. Ahí vivían. Y bueno, ellos vivieron juntos ese tiempo, en plena dictadura. Empezaron a tener que ocultarse. La militancia política era perseguida, el grupo de personas con discapacidad fue atacado por la dictadura. Ellos habían logrado promulgar una ley que fue la primera ley de cupo de la Argentina. No sé si saben lo que es una ley de cupo. Las leyes de cupo son las leyes que obligan a las empresas y al Estado a contratar personas con discapacidad. La primera ley que tuvo de cuó Argentina fue promovida por este grupo de chicos y chicas, y esa ley fue derogada por la dictadura y el grupo fue objetivo, digamos, de la represión. La primera compañera de ellos que desaparece se llamaba Claudia Grumberg. Era una chica con una discapacidad motriz y es la razón por la cual yo me llamo Claudia.

Yo nací en marzo del 78, casi dos años después de que había empezado la dictadura. Yo nací en el hospital de clínicas en Buenos Aires, en la ciudad de Buenos Aires y viví ocho meses con mi mamá y con mi papá hasta noviembre de 1978. En ese tiempo conocí a

mis abuelos, a mis tíos, era parte de esa familia. Tengo fotos acá en la casa de mis abuelos, en una casa quinta que ellos tenían en Pilar, tengo fotos con mi papá y con mi mamá. Transcurrieron ocho meses y en noviembre de 1978, el 28, nos van a secuestrar a los tres. Ya había pasado el mundial, ya era una época en la que se pensaba que ya no iba a haber más secuestros, como que había una especie de declive de la dictadura, pero no, hubo un recrudecimiento ahí y en ese recrudecimiento empiezan a caer compañeros de mis padres y entre ellos caemos nosotros tres.

Caer es un eufemismo, ¿no? Fuimos secuestrados. A mí me secuestraron con mi mamá en la casa en la que vivíamos en Guernica y a mi papá lo secuestraron en el barrio de Once. A los tres nos llevaron a un centro clandestino de detención.

Los centros clandestinos eran estos lugares que los represores de la dictadura habían tomado, eran lugares públicos, algunos pertenecientes a las Fuerzas Armadas, otros no, ellos los habían tomado y los habían usado como centros de detención. Se les dice clandestinos porque todo lo que pasó durante la dictadura no era legal. Cuando alguien, cuando la policía detiene a una persona hay un proceso legal, no hay un juez que se entera, que notifica, se sabe a dónde está detenida la persona. Todo esto no pasaba. Las personas eran sacadas de sus casas, de sus lugares, llevadas a estos lugares clandestinos donde nadie sabía dónde estaban, ni había nadie que protegiera sus derechos como personas detenidas. Era todo ilegal.

Vamos a parar a este lugar que queda en el barrio Flores, que los militares lo llamaban el Olimpo (también pensando en el monte Olimpo, en los dioses griegos le habían puesto ese nombre). Era en realidad una dependencia de la Policía Federal, era una especie de garaje donde se hacía la revisión técnica de los vehículos de la policía y en el fondo de ese garaje funcionaba el centro clandestino. Hoy por hoy es un sitio de memoria, está en el barrio Floresta, la calle Ramón Falcón y Lacarra. Ahí fuimos a parar los tres. Yo tenía ocho meses y estuve ahí como cuatro o cinco días, según los testimonios que tenemos de algunas personas que sobrevivieron. Me vieron ahí con mi mamá, me vieron a mí en la enfermería, en la cocina del lugar. Pasan unos días y uno de los represores del centro clandestino que se hacía llamar el turco Julián, se llamaba en realidad Julio Simón, era un policía, él le dice a mi mamá que

le dé la dirección de su mamá, de mi abuela materna, para que me lleve a mí con mi abuela. Mi mamá en ese momento se la da, porque también hay que pensar eso, en ese momento no se sabía lo que estaba pasando, ellos sabían que perseguían militantes políticos que tenían determinados riesgos, pero no se tenía magnitud de lo que pasaba, ni de que la gente nunca volvía, ni que eran tantos, ni que lo que estaba sucediendo era ilegal. Ni tampoco se sabía qué es lo que pasaba con los bebés.

Entonces mi mamá me entrega a este policía con la idea de que este hombre me va a llevar con mi abuela. Esto nunca pasa. Este policía Simón me entrega a un médico militar, que era un cardiólogo que se llamaba Julio Cesar Cáceres Monié y él me entrega a un teniente coronel y a su mujer, el teniente coronel Ceferino Landa y su señora, que era Mercedes Beatriz Moreira. Ellos eran un matrimonio, era un matrimonio grande, tenían casi 50 años en el año 78, ellos no habían tenido hijos propios y ellos se quedan conmigo ahí. Deciden quedarse conmigo. Este hombre Landa era militar, estaba en actividad, tenía un cargo alto, un teniente coronel en el batallón 601 de inteligencia, o sea, tenía un determinado poder en la época de la dictadura. Él va a un registro civil, cerca de la casa donde vivía, en el barrio Belgrano, y me anota a mí como si yo fuera su hija biológica. O sea, va y me hace una partida de nacimiento donde dice que yo nací el 13 de junio de 1978, que me llamo Mercedes Beatriz Landa, que él es mi padre y que su mujer es mi madre. Y que yo había nacido en ese domicilio y el médico que firma es este médico militar que era un cardiólogo. Él genera este documento con datos falsos, pero este documento es un documento legal del argentino, no era un documento falsificado. Él usa datos falsos para generar un documento que era verdadero. Esto muestra un poco el nivel de impunidad que tenían. Hoy uno no puede ir a un registro civil solo para decir “anotame a esta chica como yo quiero”. Esto no sucede más. En esa época podía pasar. Ellos tenían ese poder. Entre el miedo que había en la población y entre el mismo poder que ellos manejaban, él logró hacer esto. Con ese documento, a partir de ahí, me crían como si yo fuera su hija biológica durante casi 21 años. Ellos no me dijeron a mí ni que yo era adoptada, ni que no era hija de ellos, nada. Ellos me criaron como si yo hubiera nacido en esas familias. Yo estoy con ellos desde los 8 meses, viviendo como si fuera en Mercedes Landa, acá en el

barrio Belgrano, en Cabildo y Juramento. Vivía muy cerca de ahí. Con el tiempo crecí, me anotaron en una escuela. Yo fui a la escuela de Nuestra Señora de la Misericordia, un colegio católico que queda ahí en Belgrano, también por Cabildo, casi llegando a Santa Fe. Y empiezo a vivir mi vida como si fuera Mercedes Landa. Eran los 80 en la Argentina, recién terminaba la dictadura cuando yo empecé la primaria en el año 84.

Por otro lado, ¿qué pasaba? Desde el momento en que nosotros desaparecimos, mis abuelas me buscaban, las dos, a mí, a mi mamá y a mi papá, ¿no? Al principio nos buscaban a los tres. Mi mamá, como era esta chica de descendencia alemana, era rubia, era bastante bonita, tenía los ojos claros, llegó a tener un rol en el tiempo que estuvo detenida en el centro clandestino, en que le permitían ayudar con la comida, tenían ciertas tareas, como si fueran una especie de privilegio, digamos, la tenían medio circulando. En ese rol, ella, para la Navidad del año 78, pide a las personas que la tenían detenida poder hacer una llamada telefónica. Y ella la llama a mi abuela, a Ana Luisa, a su mamá y le pregunta si me tenía a mí. Esto casi un mes después de que me habían sacado a mí. Se lo pregunta en alemán porque ellas siempre hablan en alemán. Y ahí mi abuela se da cuenta de que yo no estaba con mi mamá y mi mamá se da cuenta de que yo no estaba con con mi abuela. Ahí le cortan el teléfono a mi mamá abruptamente, le dicen antes de cortar “señora esto no es Rusia, no preguntes”. Y ahí mi abuela se comunica con mi otra abuela, Buscarita, con la mamá de mi papá, le pregunta si yo estaba con ella y ahí se dan cuenta entre las dos que yo no estaba en ninguno de los dos lados, y que tampoco estaba con mis papás. Y ahí es donde ellas empiezan a organizar para empezar a buscarme a mí a la vez que buscaban, que trataban de saber qué es lo que había pasado con mis papás. Mi abuela Ana Luisa era una persona que había tenido varios problemas psiquiátricos durante su vida. Esto no era algo nuevo en su vida, y ella en el año 1981 termina cometiendo suicidio.

Entonces mi abuela Buscarita siguió un poco sola. Ella empieza a ir a las reuniones de la Plaza de Mayo, empieza a ver a estas mujeres que circulan, ella trabajaba muy cerca de la Plaza de Mayo, las ve, se acerca, les pregunta y ahí conoce a las primeras madres que estaban haciendo la ronda pidiendo por sus hijos

mientras todavía duraba la dictadura. En eso ella cuenta siempre que estaba muy angustiada, que lloraba, que no podía. Mi abuela era muy joven, mi papá había nacido cuando mi abuela tenía 15 años, con lo cual a esta altura mi abuela tenía cerca de los 30, ya tenía otros hijos. Era una persona muy joven y estas mujeres eran todas más grandes que ella. Ella lloraba mucho, estaba muy angustiada y ella lo que me contó es que una señora se le acerca y le dice ¿qué te pasa? ¿Por qué estás angustiada? ¿Por qué lloras? Y le dice “porque busco a mi hijo y a mi nuera pero también busco a mi nietita”, y ella le dice “somos muchas las que buscamos a los bebés también, no sos la única, hay mujeres a las que se llevaron embarazadas, hay otros bebés que tampoco están. Venite con nosotras que nosotras también buscamos a los bebés”. Esa señora se llamaba Clara Jurado, era una de las abuelas fundadoras de Plaza de Mayo, ya falleció hace muchos años. Si alguna vez vieron alguna imagen de esas típicas en blanco y negro, que está la pancarta grande que dice dónde están los bebés robados, que se la ve a Estela Carlotto en un lado y la abuela en el medio, es Clara Jurado.

Una señora que siempre aparece con una imagen, es una imagen muy fuerte la de ella, si la ven en algún momento por ahí la reconocen.



Y ella es la que de alguna forma la une a mi abuela con abuelas de Plaza de Mayo, y le da lugar en ese espacio. Las abuelas eran todas mujeres muy diferentes. Así como mi abuela era de clase trabajadora, había abuelas que eran de clase más alta, tenían

diferentes religiones, diferentes posturas políticas. Eran todas mujeres distintas. Ninguna venía de la militancia política. Ninguna entendía mucho qué es lo que hacían sus hijos y sus hijas, pero ellas se juntaron y empezaron a apoyarse colectivamente, a ver cómo iban a ser, a pensar formas de cómo iban a ser para lograr que les devolvieran a esos bebés, (en ese momento eran bebés). A algunos ellas los conocían, como le pasó a mi abuela, que me conocía a mí (yo había vivido ocho meses con ellos), y otras lo que sabían era que sus hijas, que sus nueras, habían sido secuestradas estando embarazadas.

Pasaba el tiempo, esos bebés tendrían que haber nacido y no devolvían ni a la hija ni al bebé. Entonces estas mujeres empiezan a pensar estas maneras de cómo hacer para que se sepa lo que estaba pasando. En Argentina era difícil, todavía subsistía la dictadura y empiezan a ir hacia afuera a los organismos de derechos humanos internacionales tratando de buscar maneras.

Mientras tanto yo crecía como Mercedes Landa, como la hija del Teniente Coronel, ahí en el barrio Belgrano, iba al colegio Misericordia y no sabía nada de todo esto que había pasado. Vuelve la democracia, viene en los años 80, se empieza a saber algo de lo que había pasado en la época de la dictadura. Yo adentro de mi casa me entraba de muy poco. Adentro de mi casa a la dictadura se le llamaba el proceso, que era el nombre que le habían dado los militares, el Proceso de Reorganización Nacional. Las pocas cosas que yo escuchaba que ellos me decían era que había sido como una guerra, que los militares habían salvado al país y que por eso entonces los perseguían. Ese era el discurso ideológico que yo tenía en mi casa. Yo no me daba mucha cuenta de lo que pasaba. Lo que sí me daba cuenta eran dos cosas: que los papás que tenía eran viejos, eran mucho más viejos que los papás de mis amigos. Y también me daba cuenta que no había fotos mías de más bebé, digamos. Las primeras fotos mías que había eran de una nena de 8 o 9 meses. Y las veces que preguntaba que por qué no había fotos de mi mamá embarazada, que por qué no había fotos de antes, ellos me decían que se las habían robado, que había una persona que había venido y se había robado unos álbumes de fotos y por eso las fotos no estaban. Estas eran como las pequeñas cositas raras que bueno, yo era chiquita, las creía. Eran mis papás. Pasó. Vuelve la democracia, empiezan a circular los años, yo sigo creciendo, llegan

los años 90 a la Argentina, ahora parece que hace mucho tiempo, yo fui adolescente en los 90.

Los 90 en la Argentina fueron años de mucha impunidad, se habían sancionado las leyes de obediencia debida y punto final. Después vino Menem e indultó a las pocas personas que habían sido condenadas. Entonces fueron años de mucha impunidad donde nadie hablaba mucho de política, donde en el círculo que yo me movía nadie decía nada y yo crecí sin saber nada. Las únicas dudas que tuve en mi adolescencia eran alimentadas por esto, por la edad que tenía esta familia en las que yo vivía. Era raro, entonces yo pensaba que por ahí podía ser adoptada. Pero nunca le dije nada a nadie, seguí viviendo mi vida, estudiaba, terminé la secundaria, empecé la universidad, estudié ingeniería en sistemas, estudié en una universidad que era del ejército, como civil, pero bueno, yo estudié en esa universidad. Yo decía que cuando lo miro para atrás pienso que vivía como dentro de un tupper, ¿no? ¿Vieron los contenedores herméticos donde no entra nada dentro? Yo vivía como medio ahí, en un círculo muy chiquito. Me llevaban, me traían, tenía un grupito de amigos. Todo como muy cerradito. Así llegó el año 99, yo ya tenía 20 años. Y en el año 99 lo que pasa es que un buen día me llega a mí, a mi casa, una situación judicial. Un papel muy formal donde decía que me tenía que presentar en un juzgado porque había una familia, que había empezado una causa, que había unas dudas sobre mi filiación. Yo no entendía mucho lo que es el papel. Lo único que entendí es que había un juez que me decía que tenía que ir a presentarme a un juzgado y me asusté. Voy, le hablo a mi papá y él me dice que me quedara tranquila que en realidad no pasaba nada, que era todo mentira, que eran cosas que hacían las viejas locas de la plaza de mayo, que lo hacían para perseguir a los militares, que a ellos ya les había pasado antes cosas, que yo no me había enterado nunca, y que era todo mentira, que estaba todo armado, que no me preocupara, que no iba a pasar nada. Pero a mí lo que me pasa es que pienso que tengo que ir, porque si no me va a ir a buscar la policía. Mi miedo era ese. Entonces yo le planteo esto y me dice “bueno, sí, tenés que ir, no queda otra, hay que ir”. Bueno, yo voy, me entrevisto con este juez. Y el juez me recibe y me explica esto. Que hay una familia que piensa que yo puedo ser nieta de ellos, tienen dudas sobre mi filiación y que la única manera de saber si yo era o no era nieta de

ellos era hacer un análisis de ADN. Los análisis de ADN fueron la forma que encontraron las abuelas de Plaza de Mayo para poder identificar a sus nietos y a sus nietas. Pasaba esto, los bebés desaparecieron, pero pasaron 20 años. Algunos bebés ellas ni los conocían. ¿Cómo iban a ser para saber que realmente eran sus nietos y sus nietas? Ellas en los años 85-86 fueron a un grupo de científicos en Estados Unidos, les plantearon este problema, sabían que existían las pruebas de ADN para saber quién es papá y mamá de alguien y les dijeron “bueno, no tenemos a los papás porque los papás están desaparecidos, pero ¿podemos hacer el análisis con los abuelos?” Y estos científicos trabajaron y desarrollaron esa prueba de ADN que permite con la sangre de los abuelos, de los tíos, de los primos, saber si una persona pertenece o no pertenece a una familia. Por ahí ustedes lo estudiaron. El ADN es como una especie de hélice, tiene una formita de hélice, son unas proteínas que tenemos en cada una de nuestras células. Esa hélice se forma la mitad con material genético de nuestra mamá y la otra mitad con el material genético de nuestro papá. Entonces, con ese rompecabezas los científicos lograron diseñar una prueba que permitía saber si una persona pertenece o no pertenece a una familia. Las abuelas con ese resultado lo que le pidieron al Estado argentino es que generara un banco de datos donde se guardara la sangre de las familias que buscan nietos o nietas. Que se guardara para que aunque ellas no estén, aunque ya no vivan, ese banco quede y cualquier persona que tenga dudas sobre su identidad se pueda acercar ahí a hacerse la prueba de sangre. Ahí es donde me decían que tenía que ir yo a dejar una muestra de sangre para que ellos la compararan y vieran si realmente esto era verdad o no. Ahí cuando él me dice eso yo de entrada me quiero negar, quiero decir que no, que para qué, que no sé qué, pero ahí adentro mío pasan dos cosas. Yo tenía casi 21 años, tenía todas estas dudas que había tenido durante mi adolescencia, que sabía que no era probable que yo fuera hija biológica de esas personas que creía que eran mis padres, tenía estas cosas de las fotos que no estaban, pequeños indicios que había tenido que a mí me daban duda. Pero no me había animado a hacer nada con eso. Entonces yo accedo a hacerme el análisis. Fui, me saqué sangre, pasó un tiempo y me vuelven a citar a ese mismo juzgado para darme el resultado. Cuando me dieron el

resultado me dieron una carpeta grande donde estaba el resultado del examen de ADN, que eran 25 hojas de resultados estadísticos, pues es una comuna estadística lo del ADN, que decía que con el 99, 9999, como 17 nueves, el porcentaje era que yo pertenecía a la familia Poblete- Hlazic, que no era Mercedes Beatriz Landa. Él me da ese análisis y me da unas fotitos. Me da una foto mía de bebé, que la había sacado mi abuelo Gustavo, el papá de mi mamá, en su casa, y una foto de mi mamá y una foto de mi papá. Esa foto que había sacado mi abuelo la había sacado casi 15 días antes de nuestro secuestro y era igual a las primeras fotos que yo tenía con mis apropiadores de mis 8 o 9 meses. Yo cuando vi las fotos me reconocí enseguida porque yo en esas fotos de bebés salgo en todas con cara de enojada. Vieron el bebé que levantaron de la siesta de mala onda y le sacaron una foto, bueno, en todas las fotos tengo esa cara. Yo la vi, me di cuenta enseguida, vi la foto de mi mamá. Yo en ese momento tenía casi la misma edad que tenía mi mamá en esa foto, tenía 20 años, ella tenía un color de pelo particular, yo en ese momento tenía el color de pelo muy parecido al de ella, vi la cara de mi papá y me di cuenta que era parecida a él también. A mí nunca me había pasado durante mi vida pensar si era parecida o no a la familia en la que vivía, no me lo planteaba, no me miraba al espejo tratando de buscar, y cuando vi esas fotos me di cuenta de lo que se sentía haberse parecido a alguien en una foto. Y me quedé helada, porque yo iba muy preparada para pensar que eso no iba a ser cierto. De hecho yo trabajaba muy cerca de ahí, de los tribunales de Comodoro Py y me fui a recibir ese resultado en la hora del almuerzo. O sea, yo pensé que iba, me daban un papel y me volvía a continuar con mi vida como si no hubiera pasado nada. Venía muy creída de que no me lo iba a creer, de que era todo mentira, de que todo estaba armado, de que me quieren manipular y qué sé yo. Y me di cuenta cuando vi las fotos, cuando vi el examen, de que ahí había algo que no podía eludir, que eso que me estaban diciendo tenía un peso enorme, que era verdad, que tenía toda la pinta de ser cierto, que no había manera de salir de ahí. El juez me empieza a explicar que sí, que se había demostrado que esto significaba eso, que esa era mi mamá, que ese era mi papá, que tenía una abuela que me había estado buscando mucho tiempo, que tenía una tía que estaba ahí también esperando para conocerme, que lo que se había hecho conmigo era un delito, que

me habían separado de mi familia de chiquita, que me habían ocultado, que me habían cambiado la identidad. A todo esto yo tenía 20 años, lloraba, lloraba, lloraba, no entendía nada de lo que estaba pasando. Me preocupaba por lo que iba a pasar con las personas que hasta ese momento había pensado que eran mi papá y mi mamá. Así que bueno, fue como un primer momento de mucho shock. Tmágnate que yo vengo ahora y te digo “¿sabes qué? No. Todo esto que creías que era cierto, todo mentira, todo esto que te dijeron que era mentira, bueno, en realidad es la verdad”. A una edad donde uno todavía está tratando de entender cómo es el mundo, fue bastante difícil. Ese día yo conocí a mi abuela Buscarita, a la mamá de mi papá y a mi tía Erika, la hermana de mi mamá. Ellas me dieron más fotos, me dieron cartas, estuvieron súper respetuosas conmigo, se quedaron sentaditas lejos, no se abalanzaron, pero me entregaron todo lo que pudieron porque pensaban que por ahí no me iban a ver nunca más, que yo no iba a querer saber nada con ellos.

Y a partir de ahí comenzó un camino que fue muy lento, esto fue en el año 2000, 2001, ya pasaron 23 años de todo esto. Esto fue un camino que empezó despacito. Yo tuve que cambiar mis documentos, por ejemplo, dejar de llamarme Mercedes y empezar a llamarme Claudia, hacer un DNI nuevo con ese número, cambiar la fecha en la que festejaba mi cumpleaños, yo festejaba el 13 de junio, tenía que empezar a festejar el 25 de marzo, y todas fueron decisiones, porque no es algo que sucede solo. Uno tiene que decir, “bueno, yo a partir de este momento voy a sostener esto”, y yo lo quise sostener. Cuando me di cuenta que era verdad, me di cuenta que era *verdad*, que esto no se podía eludir, que tenía que ir por ahí y fui haciendo todo ese espacio, diciéndole a mis amigos que no me dijeran más Mercedes, que me tenían que decir Claudia. Alunos me inventaban sobrenombres, les costaba entender qué es lo que había pasado. Después cambié mi fecha de nacimiento también, empecé a festejar el cumpleaños otro día. Durante un montón de tiempo me saludaban las dos veces, había gente que me saludaba el 3 y gente que me saludaba el 25, nadie entendía nada. Fue un cambio y una dualidad muy grande interna, porque por un lado yo sabía que la verdad empezaba a conocer toda esa parte de mi vida, de la historia de la Argentina, de todo, pero por otro lado tenía cariño por las personas que me habían criado, las quería, me

preocupaba por lo que les pasaba, me costaba soltar y entender todo eso que había sido parte de mi mundo durante tanto tiempo. Fue un tiempo con mucha contradicción y de mucha dualidad, querer ir para un lado pero tener toda una parte de vos que te lleva para otro. Y bueno, fue muy de a poquito.

Yo, para no hacerla tan larga, lo que les quería decir es esto. Yo en el 2008 fui mamá, nació mi hija. Mi hija tiene 14 años ahora, mi hija más grande se llama Guadalupe. Y cuando nace ella en el 2008 es como el punto que yo veo como de inflexión en mi vida. Ustedes son chicos todavía, no se imaginan por ahí lo que significa tener un hijo o una hija. Pero cuando nace mi hija yo me doy cuenta de dos cosas. Primero, la cantidad de cosas que tenemos los adultos en la cabeza cuando criamos chicos y chicas. Las cosas de las que somos conscientes, las elecciones que tomamos. Y cuando me di cuenta de eso, pude darme cuenta las elecciones que conscientemente habían tomado estas dos personas que me criaron. Que encima yo tenía 30 cuando nació mi hija. Ellos tenían, ellos tenían casi 50. Personas adultas, grandes, responsables, que eligieron tomar esa conducta, quedarse con un bebé, ocultarlo de su familia y mentirle durante cada día de mi vida durante 22 años. Porque estas personas no dijeron la verdad hasta que no les quedó otra. Entonces, cuando nace mi hija, yo me empiezo a dar cuenta de todas estas cosas. Y si bien seguía sintiendo afecto y tenía un vínculo con esas personas, me empiezo a poder dar cuenta de la responsabilidad que tenían y de la decisión que habían tomado. Y eso me permite a mí poder criar a mi hija de manera más libre. Yo no quería que ella heredara la apropiación, porque la apropiación lo que tiene es eso. Hasta que la persona no sabe la verdad se sigue cometiendo. Y los hijos de la persona que está apropiada también están apropiados, no saben quiénes son, no saben cuál es su verdadera identidad. Si yo no logro cortar eso, mi hija iba a tener una confusión también, iba a pensar que eran sus abuelos gente que no eran sus abuelos. Entonces yo decido que no, que a partir de ahí no puedo poner esa responsabilidad en las personas que la tenían, que eran ellos dos que habían decidido sostener esto. Puedo empezar a nombrarlos como apropiadores, decir ese nombre públicamente, poner esos lugares. Y para mí eso fue un momento como muy liberador, digamos, de la historia. Poder elegir eso, que iba a criar a mi hija en la verdad. y después tuve otro hijo más. Mi

hijo tiene 10 años, ya le tocó otra parte del asunto. Mis apropiadores fueron juzgados, fueron condenados los dos en el año 2001. Ellos tuvieron una condena de nueve años él y de seis años ella. Los dos la cumplieron, la mayoría del tiempo en arresto domiciliario, por esto de que eran personas mayores de 70 años cuando fueron condenados. Y con mi papá y con mi mamá nunca supimos qué pasó. Después hubo en el año 2005 un juicio. Ustedes son chicos, no se van a acordar, pero vieron que ahora en la Argentina hay un proceso de Memoria, Verdad y Justicia que sucede. Hay juicios que se hacen por todas las causas de lesa humanidad. Todo eso durante un montón de tiempo no fue posible porque hubo unas leyes, que eran leyes de impunidad, que impedían que se juzgara. En el año 2005 el juez que me restituye la identidad a mí decide que es una incoherencia devolverle la identidad a una persona y no investigar por qué se la robaron. Entonces, él decide decir que esas leyes no son constitucionales, las leyes de impunidad, y abrió el proceso de juicio que sigue hasta el día de hoy que permite investigar qué es lo que pasó con las personas que fueron desaparecidas durante la dictadura.

En el marco de estos procesos también se condenó a este Julio Simón, que era el policía que me entregó y a otros policías de ese centro clandestino. Ahora, nunca nadie dijo qué pasó. Personas que desaparecieron a mi papá con mi mamá y con tantos otros que no sabemos qué pasó con ellos hasta el día de hoy, nunca devolvieron sus cuerpos. También no sabemos qué pasó con todas las niñas que se robaron porque esto que me pasó a mí no me pasó a mí sola, por eso había tantas abuelas en la Plaza de Mayo ese día que mi abuela se acercó ahí. Las abuelas cuentan hasta 500 niños y niñas, posiblemente robados, de los cuales las abuelas se encontraron en estos 45 años 132. Los dos últimos se encontraron en diciembre del año pasado en personas de 44, 45, 46. Nos faltan encontrar como 300 más, contando así porque todos estos números son números aproximados, porque la represión en la Argentina fue clandestina, fue ilegal. No es como un accidente que no se chocan dos colectivos y hay 3 muertos y vos contás los muertos, Acá no hay muertos, acá hay desaparecidos. Nunca supimos, nunca nos dijeron dónde están, cuántos son. Entonces son números aproximados. Cada vez que hay un juicio y la gente se acerca a declarar y responde por ahí, a veces se sabe de algún caso más.

Entonces las abuelas hoy por hoy, y hoy también las nietas y los nietos y hermanos y hermanas que buscan a sus hermanos nacidos en cautiverio, seguimos buscando a toda esta gente que no falta, que todavía andan por este país o vaya a saber por dónde caminando sin saber quiénes son.

Y esto es importante contárselos a ustedes porque ustedes nacieron en democracia. Pero su papá, su mamá... no sé, yo tengo 45, mi hija tiene 14. Yo calculo que los papás de ustedes deben ser más o menos de mi edad o por ahí. Algunos capas más jóvenes, algunas capas más grandes. Y ustedes son esa siguiente generación, la generación de los bisnietos y las viñetas de las abuelas de Plaza de Mayo. Y son ustedes muchas veces los que a veces van a tener que quedarse con esta historia. Yo sé que es pesada, yo sé que por ahí ustedes dicen: “esto qué tiene que ver conmigo, son fotos viejas, son videos de gente hace 45 años”. Pero todavía tiene que ver con ustedes porque esto sigue vivo, todavía hay mucha gente que camina hasta tierra sin saber quién es. Y mientras haya 1 que falta es como que la identidad de todos está en duda. La identidad es algo propio y personal, pero también es algo colectivo, es algo que construimos entre todos nosotros.

Entonces, mientras haya personas que no saben quién son, un poco a todos nosotros nos sigue faltando alguien. Entonces por eso está bueno que puedan estar acá, que tengan la paciencia de escucharme. Yo sé que es temprano y que esto es largo y por ahí es muy aburrido. Pero que se puedan llevar ese mensaje, no de que esto pasó hace muchos años, pero sigue pasando un poquito cada día mientras todavía no sepamos qué pasó con todos los desaparecidos, mientras no sepamos a dónde están estas personas a las que les cambiaron su identidad y todavía siguen de alguna manera secuestrada.

Para mí fue muy importante eso porque yo no sabía lo que era la pedagogía waldorf. Cuando la conocí a Gerda, (ella me quiso conocer a mí cuando se enteró que yo había aparecido) me entregó un montón de cosas sobre mi mamá. Me entregó dibujo, boletines de la escuela, relatos. Y me abrió la puerta a un grupo de compañeros y compañeras de ella que habían estado juntos durante todo el tiempo que compartieron acá y eso para mí fue un tesoro, porque fue una posibilidad de conocer un montón de cosas de mi mamá que no hubiera podido conocer de ninguna otra

manera. Tanto fue la impresión que me causó la forma de ver la humanidad que tiene la pedagogía waldorf, que mis hijos van a una escuela waldorf en la ciudad Buenos Aires, en la escuela Juana de Arco.

Porque hay muchas de las cosas que yo pude conocer de mi mamá. Mi mamá escribía poemas, mi mamá dejó un montón de dibujos, que me permitieron conocerla desde otro lado, que bueno, que tienen un poco que ver con eso, ¿no? Y este es un lugar donde lo que es profundamente humano se valora y se cuida y usted tiene una oportunidad de poder vivirlo acá adentro y bueno, para mí por eso era muy lindo poder traer la historia de ella acá porque la desaparición, lo que quisieron lograr ellos es que no sepamos quiénes son estas personas, que yo no pudiera contar esta historia, que ustedes no la sepan, que yo no la sepa. Entonces nombrarlo, traerlo, decirlo, es para mí un acto reparatorio y muy profundo, así que yo creo que hoy acá de alguna manera cerramos un círculo que quisieron romper y estamos hablando de esto, de que no lo pudieron romper. Estamos acá y eso es una pequeña victoria en medio de todo esto. Bueno, no hablo más.

Lo que quieran charlar, preguntar, no tengo problema. Lo que quieran lo hablamos.

Estudiante: yo quería preguntar cómo fue tu último contacto con tus apropiadores.

Claudia: Mira, yo estuve en contacto un montón de años con ellos, después de saber la verdad. La última vez que hablé con ellos fue en ... 2017, 2018, no hace tanto. En una conversación que tuvimos, porque ellos me dijeron que por qué yo necesitaba que ellos se arrepintieran de esto. Y yo me quedé dura y no les pude responder. Ellos me dijeron ahí que ellos no se arrepentían de lo que habían hecho, que pensaban que lo que habían hecho estaba bien, que lo volverían a hacer igual. En ese momento, cuando ellos me dan esa respuesta, sentí que no tenía sentido continuar ese vínculo. Era un vínculo que sostenía yo sola, ya había separado a mis hijos de esa relación, que esa relación, era algo que yo sostenía por afecto, por cariño, por culpa, por todas esas cosas que se meten en las relaciones de las personas. Pero ante esa respuesta de ellos, yo sentí que ya no había nada más que hacer, eran personas de casi 90 años. Si en ese momento uno no puede hacer una reflexión... yo sentí que era demasiado costo para mí, y por eso

decidí cortar ese vínculo en ese momento, después no supe más nada.

Estudiante: ¿Le llegaste a decir a tus hijos lo sucedido?

Claudia: Sí, mis hijos lo saben. Un poco víctimas de lo que me pasó a mí, yo nunca les quise mentir a mis hijos, de manera casi suicida porque a veces a los padres nos resulta fácil decirles algunas mentiritas en la crianza de los hijos. Yo no quise mentirles nunca en nada, en esto fue igual. Entonces siempre intenté que fuera algo que se supiera. Estaban las fotos de mis papás en mi casa, siempre traté de que no hubiera un momento de una revelación sino que siempre supieran lo que les pasó a ellos y lo que me pasó a mí. Mi hija empezó a ser consciente recién a los 7 u 8 años, y tratar de entender. Y hoy por hoy ya es parte de su vida. Ella está empezando a poder contarle con sus palabras cómo le ha afectado. Es parte de su propia historia y su identidad también.

Estudiante: Vos dijiste que tus apropiadores decían que las abuelas de Plaza de Mayo estaban locas. ¿Vos también creías que estaban locas o en algún momento pensaste lo contrario?

Claudia: No, mientras fui criada por ellos, mientras vivía ahí, les creía. O sea, creía la versión de la historia que ellos me habían contado. No me lo planteaba mucho, y también era una Argentina que no es la Argentina de ahora. O sea, esto que está pasando acá, impensable. En la época en la que yo fui a la secundaria y a la primaria, menos aún en el ambiente que yo me movía, pero en ninguno. O sea, no se hablaba en las escuelas, no se daban las discusiones de manera institucional. Por ahí hablaban unos con otros, nada más. Y de hecho, si alguna vez, por ejemplo, en la escuela, surgió el tema porque mis compañeras lo traían o porque alguien quería dar la discusión, yo defendía siempre la postura de los militares. Bueno, era mi familia, era lo que pensaba que era mi familia y estaba bastante convencida. Fue un shock muy grande darme cuenta de eso.

Estudiante: Cuando te dieron el resultado clínico obviamente te surgieron preguntas de todo lo que viviste. ¿Te plantaste alguna vez a tus papás de ese momento? ¿Les hiciste preguntas en ese momento?

Claudia: En ese momento cuando yo me volví a encontrar con ellos, obviamente quise pedir una explicación. Lo que pasa es que ellos sostuvieron la versión que sostuvieron después frente a la

justicia, diciendo: sí, es verdad lo que te están diciendo. En ese momento no les quedó otra que aceptar. Ellos lo que dijeron en ese momento es que ellos no sabían quién era yo, que me habían recibido porque les habían traído un bebé que se habían quedado sin familia y que cómo lo iban a volver a abandonar y que se habían quedado conmigo por esa razón. Y esa fue toda la explicación que dieron. Después, hablando un poco más, me enteré que cuando volvió la democracia hubo algunos intentos desde abuelas (porque las abuelas le pidieron a la sociedad que denunciara, o sea, que si habían visto algún caso raro, que les trajeran información). En mi caso, como era muy obvio, hubo gente que llevó información a Abuelas. Yo todo esto me enteré después. Entonces, durante los 80 había habido gente que se había acercado a ellos preguntando por mí. Y ellos en ese momento dijeron que no habían accedido a nada “para cuidarme, para protegerme, porque tenía miedo de que me arrancaran”, se justificaron. Y eso fue siempre lo único que dijeron hasta ese momento, casi 20 años después, en los que me blanquean esto de que pensaban que lo que habían hecho estaba bien y lo sostuvieron. La realidad es que yo en ese momento tomé esa versión que ellos me dieron, no la cuestioné más, pero cuando lo voy pensando de más grande, cuando lo miro para atrás, me doy cuenta que era imposible que no supieran. Yo a los 20 años podía creer eso que ellos me dijeron, pero a los 40 ya no lo puedo creer más. Porque es eso, yo todavía no llegué a la edad que tenían mis apropiadores cuando me recibieron. O sea, tengo 45 y ya tenían casi 50. Él era un militar de alto rango en plena dictadura. Era imposible que no supieran la posibilidad de que yo fuera hija de desaparecidos (más allá de que yo creo que él sí sabía quién era yo). Pero bueno, él nunca lo aceptó y tampoco fue comprobado, con lo cual queda en el territorio de la especulación. Pero era imposible que no lo supieran. Y si no lo supieron ahí, ponele, vamos a darles el beneficio de la duda o que tuvieron miedo de hablar en ese momento, después hubo 22 años, de los cuales todos fueron en democracia, donde ya había terminado la dictadura hace un montón de tiempo, donde había habido procesos y se empezó a conocer lo que pasaba en Abuelas y hubo muchas restituciones en ese tiempo, con lo cual la oportunidad de ellos de decir la verdad la tuvieron un montón de veces y eligieron sostener lo otro. Por eso a mí me cuesta creer esa versión inicial. Porque a veces pienso eso,

no sé, si me hubiera pasado a mí, que me cae mi marido con un bebé... Está bien, al principio tomo una decisión. Ahora, después, durante todo ese tiempo, en algún momento te tiene que nacer la pregunta. Pienso que en esa esa decisión de sostener 22 años había mucho más que el discurso del amparo a un bebé abandonado. De hecho, lo que se demostró después también legalmente, es que esto que me pasó a mí y que le pasó a tantos como a mí, no fueron casualidades. Hubo un plan. O sea, hubo un momento donde hubo personas que tomaron la decisión de, a los bebés de las personas detenidas, no entregarlos a las familias y entregarlos a otras. Hubo muchos que nacieron en cautiverio de sus madres. Ustedes me dijeron que van a ir a la ex-ESMA, ahí van a ver el lugar donde nacían los chicos. Esos chicos se esperaba que las madres los tuvieran y cuando nacían se los sacaban y se los entregaban a otras familias. Eso fue un plan y se hizo con una intención, la intención de que nosotros creyéramos con otra ideología, con otras familias. Había una intencionalidad clara Y no se inventó acá en la Argentina. Esto se hizo en un montón de lugares. Se hizo en la época de la colonia también. Hay una idea de transformar en un objeto a la persona para moldearla y que eso tenga una finalidad política. Con lo cual es algo complejo.

Estudiante: Dos preguntas. Una, si vos participaste con las abuelas de plaza de mayo.

Claudia: Me llevó un montón de tiempo ir a la casa de las abuelas, que yo pensaba que era como la CIA, o sea, yo tenía como la idea de que era aquí parable, ¿no? El ejército y las abuelas de Plaza de Mayo. Cuando fui la primera vez a la casa de las abuelas me di cuenta que me shockeé también porque encontré, La casa ahora es un poco más grande, pero la casa en el momento ese cuando yo las conocí era un departamento enfrente del Abasto, ahí en Almagro. Me encontré, no sé, 10, 15 señoras alrededor de una mesa tomando té, un montón de gente joven alrededor que las acompañaba, un despelote de papeles, dos computadoras, era como una cosa muy caótica y muy familiar. Yo me acuerdo que me impresionó mucho eso, que llegué y que me invitaron un tecito con galletitas, una cosa muy cálida y muy familiar. Yo esperaba otra cosa y me descoliqué. Después, no me acuerdo exacto el momento en el que decidí empezar a dar testimonio, pero fue, no sé, 2005, 2006, 2007, después del nacimiento de mi hija, 2008, que me

empezaron a invitar a contar mi historia y cuando empecé a contarla me di cuenta por un lado que para mí era algo sanador, me permitía tomar una perspectiva, poder decir. Y por otro lado me di cuenta que servía llevárselo a las escuelas, chicos y chicas, contárselo a periodistas, poner la voz de uno, poder decir lo que uno cree y siente. A partir de ahí empecé a hacer ese trabajo en Abuelas de dar testimonio. Recién el año pasado entré oficialmente a la institución a formar parte de la comisión directiva. Las abuelas son muy viejitas y quedan muy poquitas. Entonces están invitando a nietos y a nietas y a hermanos y hermanas que buscan, que somos un poco más jóvenes que ellas, a participar para poder quedarnos con ese legado, para poder tomarlo cuando ellos ya no puedan más. Así que oficialmente es como que desde el año pasado recién formo parte activa de la organización. Pero bueno, desde el 2006, 2007, 2008 para acá me siento parte. Conozco a otras nietas y a otras nietas, nos juntamos, hablamos de cosas, compartimos experiencias, tratamos de ayudar a los nuevos, a los que van siendo restituidos y empiezan el proceso, pensamos formas de cómo encontrarlos.

Estudiante: y la otra pregunta es si después de enterarte mantuviste alguna relación con tu abuela y tu tía.

Claudia: Bueno, sí, a mi abuela Bustarita y a todos mis tíos. Mi abuela tenía seis hijos más, que a su vez tenían un montón de hijos, con lo cual la familia de mi papá es una familia muy grande, muy diversa. Conocí a mi abuelo materno Gustavo, y a mi tía Erika y a su hija. Con todos entable vínculo y relación, que se fue construyendo de a poquito porque nos teníamos que ir conociendo, pero con todos pude establecer un vínculo. Mi abuelo vivía en Bariloche. Lo fui a visitar muchas veces hasta que falleció, vino acá, estuvo viviendo conmigo incluso. Mis hijos, mi hijo y mi hija los conocieron, comparten con ellos, vamos a comer los fideos los domingos a la casa de mi abuela Buscarita. O sea, se consiguió crear un vínculo real. Llegó trabajo, porque no es fácil entrar a una familia a los 21 años, una familia que encima esperaba un bebé de 8 meses. Porque es como que tiene todo un salto. Deben conocer a otra persona nueva. Pero lo fuimos logrando. Y a mí lo que más tranquilidad es eso, ver que para mis hijos es algo muy natural, son parte de esa familia. Ya no está tan atravesado. Si bien esto que nos pasó nos atraviesa siempre de alguna forma u otra, hoy

por hoy creo que hemos logrado un vínculo sólido. Lo hemos trabajado arduamente, pero lo hemos conseguido.

Estudiante: Yo tengo dos preguntas. ¿Sos feliz y estás conforme con quien sos ahora y con quien sos para tus hijos?

Claudia: Es una pregunta muy profunda la que me estás haciendo. (risas) sí, soy feliz. Estoy segura de que el proceso que atravesé valió la pena. Yo pienso en la nena que fui, la adolescente que fui, en la piba de 20 años que no sabía la verdad, y jamás hubiera llegado hasta acá de esta forma y siento que el mundo que conozco desde que conocí la verdad es un mundo más cierto, más verdadero. No sé cómo decirlo. Es como que hasta entonces era una película en blanco y negro y yo circulaba por los lugares que me habían puesto, no cuestionaba mucho, y a partir de ese momento empiezo a tomar decisiones sobre cómo quiero vivir mi vida. Obviamente yo creo que la identidad es una construcción, no es una cosa que está terminada en un momento, sino que es algo que vamos armando a medida que vamos creciendo, que vamos cambiando, no soy yo la misma antes de ser madre. Después no soy la misma ahora, mamá de un adolescente, que la que era de un bebé, no soy la misma ahora participando activamente en Abuelas de la que era hace unos años atrás. Uno siempre va como ensamblándose. Pero sí creo que saber la verdad es algo que no lo cambiaría por nada, a pesar de que la historia a la que accedí es una historia triste, una historia trágica, es un dolor que vive conmigo. Yo no recuerdo a mis papás, no tengo manera de recuperar sus identidades completamente, tengo pedacitos, un montón de cosas. Mis hijos crecen con esto sabiendo que no tienen a sus abuelos por estas circunstancias. Pero no lo cambio por nada. Siento que la posibilidad que tuve me devolvió algo que era mío, que me habían intentado quitar, y que me permite hoy poder estar acá y compartirlo con ustedes también. Creo profundamente en eso. Y por eso creo que es necesario que estas personas que no lo saben se animen a saberlo. Porque uno del otro lado no se puede dar cuenta de lo que significa. No te das cuenta de lo que significa no saber la verdad hasta que te enterás. Hasta que te das cuenta. Y las abuelas lo que buscan es devolver esa posibilidad. La posibilidad de elegir y definirse. Bueno, yo ahora sé la verdad y digo cómo ha sido mi vida. Eso que me quitaron hace 40 años. Más o menos, ¿está respondiendo?

Estudiante: Justamente mi segunda pregunta iba relacionada con eso. ¿Crees que serías quien sos ahora si no hubieras vivido todo lo que viviste o si no hubiera pasado todo lo que pasó?

Claudia: No, la verdad es imposible. Uno de los procesos más determinantes en todo este tiempo de restitución de la identidad es darse cuenta que yo soy una sola persona. Yo fui Claudia durante 8 meses con mis papás, durante 22 años no supe la verdad, y después me enteré y ahora llevo 20 años de recorrido. Yo en un momento cuando recién fui restituida es como que quería borrar la parte de Mercedes Landa y armar una Claudia nueva, y en algún punto me di cuenta que eso no era posible, que en realidad la persona que yo soy ahora incluye todo eso y si no lo incluyera no sería sólido realmente el proceso. Yo hoy por hoy, estoy en un momento donde puedo mirar las fotos de mi infancia, estando apropiada, y mostrárselas a mis hijos, y compartir con ellos, decirles, “mirá, yo estoy acá”, (de hecho anoche lo hicimos). Les mostraba unas fotos más de cuando terminé la primaria, y sabiendo que ellos saben en qué contexto sucedió todo eso, lo podemos compartir. Y eso me permite a mí tener como una unión, poder cerrar círculos y construir una manera sólida. Obviamente, no puedo pensar en mí misma de otra manera, casi que no me puedo imaginar cómo sería no haber vivido todo lo que viví. Otra pregunta que me hacen mucho es, ¿y pensás qué hubiera pasado si nada de esto hubiera pasado? Y sí, pero yo... Ya está, A mí esto que me pasó me atraviesa todos los momentos de mi vida, no hay manera de evadirlo.

Estudiante: Y ponele, quizá es un poco fuerte pero, si hubieras vivido toda tu vida feliz con tus padres biológicos, quizás algunos valores que tenés ahora, ¿sentís que los podrías haber desarrollado?

Claudia: Tal vez no hubiera sido consciente. Yo creo que a veces cuando a uno no le pasan determinadas cosas, no es consciente. Yo creo que todos ustedes, por ejemplo, dan por sentado su derecho a la identidad. Que tienen derecho a saber quiénes son, quiénes son sus familias, dónde nacieron. Esos derechos que, para mí, son una conquista. Y que son una conquista porque pasó todo esto y hubo unas personas que se dedicaron a que esta cosa se construyera y que hoy por hoy los jóvenes, las jóvenes, los niños, niñas tengan protegidos esos derechos. Yo creo que daría muchas cosas por

sentadas, pero hoy por hoy no las doy. En ese sentido creo que sí, que cuando uno atraviesa determinadas cosas en la vida, eso te marca y te hace a partir de ahí. Uno suele dar por sentada a la familia en la que vive. Y eso es algo que, en realidad, hay que mirarlo todos los días, y valorar lo que uno tiene, la posibilidad de tener determinados derechos garantizados.

Estudiante: Y esta idea que vos dijiste de que te sentías en un tupper que cuando aparece la verdad se abre, y luego te introdujiste en otros grupos sociales... yo me imagino que debe haber sido difícil el cambio de grupos sociales. ¿Cómo fue?

Claudia: Mirá, pasaron dos cosas. Yo cuando fui restituida, cuando conocí la verdad, estaba yendo a una universidad que era afín con el ejército y todo. Entonces en el momento en el que me sucedió esto, mi grupo de amigos y amigas se desconcierta bastante. Yo me lo había callado, yo no lo había contado mucho, lo sabía muy poca gente, pero a su forma me acompañaron durante un montón de tiempo. De esos amigos de amigas, algunos, después cuando yo voy haciendo este proceso y me voy posicionando, van quedando en el camino porque tienen otras posiciones, y otros no, me siguen acompañando hasta el día de hoy, aunque haya un montón de cosas en las que pensamos diferente. Y después (yo fui a la Escuela de la Misericordia, ahí en Belgrano, fui 14 años ahí, desde jardín hasta que terminé la secundaria), cuando terminé la secundaria me había distanciado de ese grupo de amigas mías de la secundaria, y ellas, cuando se enteraron de lo que me pasó, me buscaron, se acercaron a mí, y volvimos a retomar esa amistad. Una vez que yo ya sabía la verdad, ellas eligieron, hacer ese acto. Y son personas que vienen de familias que nada que ver con mi familia biológica, que tienen otra visión del mundo y todo, pero ellas tuvieron ese gesto y aunque somos muy diferentes seguimos siendo amigos hasta el día de hoy, con lo cual son esas personas las que me permiten también hacer esta unión del pasado. Y después están, por supuesto, todos los grupos que vinieron después. Desde las mamás de los compañeros de mis hijos de la escuela, que vienen de otra filosofía, hasta mis compañeros de militancia en Abuelas, que son los nietos y nietas. El mundo se ha enriquecido. Yo tengo esa fortuna, digamos. Yo siento que se enriqueció. Por eso también siento que es un mundo en el que vivo, en el que transito, que tiene mucho más color que el otro, que era

como más cerradito. Así que sí, en cierta forma es eso: el tupper se abrió y un montón de cosas que para mí eran imposibles, empezaron a ser posibles. Pavada: aprendí a andar en bicicleta a los 25 años con él. No había aprendido de chiquita por tener padres viejos. No podían correr atrás la bicicleta. Entonces no aprendí cuando tenía 6 años. Aprendí a los 25 cuando el que me corría era mi novio. Otro ejemplo: tener una mascota. Nunca había tenido mascota. Uno de mis tíos me pregunta, “¿hay algo que querés?” Yo había sido criada con esta familia que tenía plata, yo tenía todos los juguetes del mundo. Entonces él me dice, ¿hay algo que hayas querido que no te hayan dado? Lo único que yo había pedido toda la vida y no me habían dado era un perro. Y él fue y me compró un perro. Entonces, al poquito tiempo de la restitución, buscamos a esa mascota y la adoptamos. Y es una mascota que me acompañó a mí durante 16 años viviendo en la casa de mi tío Fernando, digamos, y con el cual empezamos a construir ese vínculo a través de ese animal que me acompañó un montón de tiempo y que significa un montón de cosas. Son esas pequeñas cosas, ¿no?, las que hicieron abrir ese tupper.

Docente: Quería saber si sabes algo de la compañera de tu mamá en el colegio que era no-vidente, y aprovecho y te hago una segunda pregunta, y es si vos viviste esa recuperación de la identidad como un nuevo nacimiento.

Claudia: A Mónica Bruhl la llegué a conocer. Ella fue secuestrada también junto con el grupo de discapacitados que cayó en este momento, pero ella fue liberada. A ella la llegué a conocer, la conocí al tiempo de mi restitución, pero ella después falleció. Conocí a muchos de los que fueron compañeros de mi papá y de mi mamá que nos pudieron sobrevivir. La verdad que fue algo difícil en el momento porque para ellos también era difícil encontrarse conmigo, pero bueno, lo fuimos pudiendo construir. Con algunos más, con otros menos. Pero fue una cosa muy fuerte por estar con ellos, porque yo encima había pasado por esto también y de una manera muy impactante. La realidad es que a todas las personas que sobrevivieron los atraviesa de una manera muy fuerte del haber sobrevivido. No es fácil para ellos porque en todo lo que pasó en Argentina en este tiempo también han sido muy cuestionados. Entonces, la verdad que son personas cuyos testimonios tienen enorme valor y a veces no nos damos cuenta de ese valor que

tienen. Los que perdemos cuando se van y no terminan de contar. Y lo que les cuesta poder decir. A Mónica en particular, pero a otros que conocí también, les costó años poder decir lo que les había pasado, porque realmente han sido traumas muy fuerte.

Con lo del nuevo nacimiento, no sé si lo diría así, pero puede ser. Pienso que en un primer momento sí, después primó mucho más esto de lograr entender que es toda una sola historia. Y se me dio la chance de poder conocerlo, que eso es lo que valoro y es lo que me motiva mucho a seguir contándolo porque creo que es indispensable en la vida de una persona poder contarlo. Me genera mucha tristeza pensar que hay gente que por ahí se va a ir a este mundo sin poder hacerlo. Por ellos y por la familia que los espera, pero por ellos un montón. O sea, siento que se pierden algo.

Estudiante: Habías dicho que te sentiste culpable, pero vos obviamente no fuiste culpable de nada. Entonces, a lo largo de este proceso, ¿te deshiciste de esa culpa?

Claudia: Sí, yo creo que el principio de deshacerme esa culpa fue cuando me di cuenta al nacer mi hija que las personas adultas toman decisiones conscientes y las sostienen. Y que en esa decisión consciente está la responsabilidad. En ese momento yo logro empezar a sacarme la culpa. Pero durante todo ese tiempo, sí. Yo conozco a otros nietos y nietas que fueron restituidos y es muy común entre nosotros sentir esa culpa, porque claro, somos nosotros los que vamos con nuestra duda o a poner el brazo para que nos saquen sangre y eso le causa a la familia que nos crió un problema enorme. Y es muy difícil al principio sacudirse de eso. De hecho, la razón por la cual no se han encontrado más es porque esas personas sienten esa culpa de tomar esa decisión. No hay muchas más explicaciones. Pero yo lo logré cuando me di cuenta de que las personas adultas toman decisiones, las sostienen y son responsables de eso y está bien que eso sea así, más cuando ellos lo siguieron sosteniendo tanto tiempo.

Estudiante: ¿Cuánto tiempo te costó después de que tu abuela te mostró las fotos de vos de chiquita con tus papas y realmente pensarlos como padres?

Claudia: Yo me di cuenta que eran enseguida. Cuando vi la foto y vi los parecidos me di cuenta que eran ellos. Ahora, sentirlos padres, creo que es un poquito todos los días. Es un poquito todos los días. Me pasa ahora, que miro una foto y encuentro otra

manera de sentirlos mamá y papá. Es muy difícil de explicar lo que estoy diciendo. Creo que me van a entender. Es un poquito todos los días. La realidad lo que me pasa es que yo construyo una figura sobre ellos que yo sé que no es cierta. Porque es un relato, ¿entendés? Un relato de uno de acá, de otro de allá, se va armando. Algunos son contradictorios. Una pavada: tengo compañeros de mi papá que dicen, “a él le gustaba tocar la guitarra, cantaba re bien”. Y otros que te dicen, “no, la verdad que le gustaba tocar la guitarra, pero cantaba para la miércoles”. Algunos te cuentan anécdotas que otros no se acuerdan, entonces siempre tenés la sensación de que es un rompecabezas que le faltan un montón de piezas que es una imagen que no se termina de cerrar. Entonces eso a mí hoy por hoy, a los 45 años, me da como mucha nostalgia de lo que no puedo ser, de estas personas a las que no conozco, que las quiero porque las veo, las veo jóvenes, entonces me dan ternura. Y es un dolor que tiene mucho que ver con lo que significa la desaparición. Y lo que significa para mí puntual, en realidad se refleja en lo que pasa a toda una sociedad con esto. Pero bueno, yo he llegado a sentirlos papá y mamá, y a sentir que son los abuelos de mis hijos, pero es una construcción interna y amorosa que uno hace y en la que se pone en el juego de decir “estos son”.

Y me pasa que ahora ellos son chicos en esa foto comparados conmigo, pero todavía los siento más. Yo pensé que iba a ser al revés, que viéndolos chiquitos los iba a sentir menos padres, pero es al contrario. Cada vez los siento más, siento mucha ternura por lo que esas personas fueron, por lo que no pudieron ser, por lo que hubieran sido. Es una de las cosas más dolorosas, por decirlo de alguna forma.

Estudiante: No sé si es la palabra correcta, pero quería saber si en algún momento sentiste rencor, o venganza...

Claudia: La verdad es que venganza no. Seguro que no. Siento que la justicia actuó, ellos tuvieron que entrentar su delito, tuvieron que responder, y mal o bien, como funcione la justicia, eso sucedió. Eso no me deja con ganas de que les pase algo más. No lo siento así. Y la verdad estando en Abuelas se aprende más todavía de eso. Ellas eligieron el camino de la justicia y no el de la venganza. Y lo sostienen con mucha firmeza y eso es un gran alivio, no supone en otro lugar que nos permite otro tipo de crecimiento. Con el rencor, es difícil a veces. Así como a veces me genera mucho

dolor lo que les contaba de mi mamá y de mi papá, me genera mucho dolor que esta gente que me decía que me quería y a la que yo quise durante tanto tiempo nunca pudieron decirme la verdad, Entonces yo no sé si eso es rencor, pero me duele. Y me sigue doliendo hasta el día de hoy, no podría decirte que no. Esa decisión ellos la tomaron y la sostuvieron. Nunca tomaron la decisión de hacerse cargo de eso, (no te digo ante todo el mundo). Y eso a mí me sigue generando un dolor. No siento que les tenga rencor, no vivo pensando en eso tampoco. Siento que la vida me dio la posibilidad de un montón de cosas y estamos bien con eso. No siento odio hacia ellos. Pero esa sensación de defraudación, de dolor, la tengo.

Estudiante: Te enterarte de toda la verdad, te enteraste que tu nombre era Claudia, (y sabemos, de parte tuya, que Mercedes era una persona bastante distinta a lo que es Claudia). ¿Cómo fue ese proceso para vos? Hablar con tus amigos, que te empiecen a llamar Claudia. ¿Cómo fue volver a hacer los documentos? ¿Cómo fue en tu proceso interior?

Claudia: Fueron dos cosas. Yo por un lado, por una cuestión de personalidad, tiendo a querer tener todas las cosas en regla. Yo supongo que eso tiene mucho que ver con la crianza del Teniente Coronel igual. Entonces yo cuando supe que tenía que hacerlo, fui y lo hice. Quería tener mi documento, mis cosas, mis papeles, como que eso me daba tranquilidad. Pero eso fue como una cosa externa, lo interno llevó como más tiempo. Yo me acuerdo que yo fui a buscar mi documento, como Claudia, elegí ponerme el apellido de mi mamá, a mí mi papá me había anotado Claudia Victoria Poblete. Y yo cuando saqué mi DNI quise poner el Hlaczik, que era el apellido de mi mamá, tenerlos dos. En ese momento me parecía importante, digamos, esa representación de las dos familias. Lo hice.

También hubo varios momentos... Cuando fui a buscar ese documento, me acuerdo que me acompañó uno de mis tíos, y yo le dije, bueno, tengo el documento, le digo, pero no pienses que si me gritás Claudia por la calle me voy a dar vuelta. Porque claro, me parecía loco, viste, qué sé yo. Y fue esas cosas que pasan en la vida. 15, 20 días después, otro de mis tíos, que era taxista, que circulaba por la ciudad de Buenos Aires, me ve en una esquina, para el taxi a lo bestia en la mitad de la calle y me grita, ¡Claudia! Y yo me di

vuelta. Y cuando me estaba dando vuelta, estaba acordándome lo que había dicho 10 días antes, “si me gritas Claudia no me voy a dar cuenta”. Yo creo que esto es una cosa muy personal. Yo fui nombrada Claudia durante 8 meses, digamos, fui Claudita, lo escuché, me dijeron, y creo que eso no es en vano y por eso no me costó tanto aceptar ese nombre, tomarlo como propio y querer que todo el mundo lo empezara a nombrar así. El nombre les costó más a los que me conocían que a mí misma. Así que yo en un momento me cansé y les dije, “bueno, si yo puedo, ustedes pueden”. Y me empezaron a llamar por algunos pronombres, sobrenombres, me decían flaca, hasta que se fueron acostumbrando. Y se fueron acostumbrando. Pero el nombre tuvo mucha fuerza conmigo, yo me di cuenta que era verdad y lo quise sostener. La fecha de nacimiento me costó un poco más. No sé por qué. Me costó más identificarme con ese cumpleaños. Y fue a partir del primer cumpleaños que me festejó mi familia. Yo estaba muy ansiosa por hacerlo, porque claro, no me habían llevado a festejar nunca un cumpleaños. Y yo acepté que hicieran una celebración chiquita, familiar, pero ese momento cuando me pusieron la torta y las velitas en un día que para mí no significaba nada, fue raro. Luego empecé también a asociarlo con ese momento más que con el del nacimiento, porque era un festejo de ese momento de restitución de alguna forma, y tenía que ver un poco con ello. Pero a mí lo del nombre, en comparación con otras historias que conozco, a mí me costó un poco menos. Hay hijos que les cuesta mucho más el cambio de nombre. Yo creo que tiene mucho que ver con el haber sido nombrado, con haber pasado ese tiempo. Yo tuve esos ocho meses que son como una especie de tesoro en esta locura. Los que no lo tuvieron, es distinto. Yo conozco a otros nietos y nietas que fueron de estos que nacieron en cautiverio, que fueron arrancados de sus mamás al nacer, que algunos ni siquiera saben la fecha en la que nacieron de verdad. Que ellos sí no se han podido desprender de los nombres con los que los criaron. Por más que por ahí saben el nombre que la mamá le hubiera querido poner. Y no lo han logrado. Y es respetable, es parte de sus procesos también. Pero yo habiendo sido mamá y habiendo visto los procesos de mis hijos, de todo, creo que sí, que tiene mucho que ver con esto, con el haber tenido ese tiempo. Me imagino.

Estudiante: ¿Cómo fue el tema de Malvinas en la casa del

teniente coronel?

Claudia: Yo tenía 4 años. Mucho no me acuerdo. Me acuerdo del momento de la guerra, me acuerdo de escuchar la radio, pero tengo pocos recuerdos. Era muy chiquita. Recuerdos genuinos míos, me acuerdo de esto, me acuerdo de haber ido a la escuela, de que en un momento nos hacían hacer como un entrenamiento antiaéreo, sonaba una alarma y te hacían meter debajo del pupitre. Pero tengo un poco más de recuerdo de lo que fueron los enfrentamientos cara pintada, lo de la tablada y lo de Semana Santa, porque yo era más grande. No sé si ustedes lo conocen. Yo ahí tenía 7 u 8 años, y de eso sí me acuerdo más. Me acuerdo en mi propio hogar escuchando la radio, me acuerdo de la sensación de tensión, digamos, de cómo que se podía volver a venir otro golpe de Estado. Esa era la sensación, mucha tensión en el aire, escuchando radios de Uruguay. Me acuerdo que él escuchaba una radio de Uruguay porque la radio de acá decía otra cosa. Me acuerdo me llevaron a otra casa y me dejaron unos días en otra casa. De este momento me acuerdo un poco más, pero de Malvinas la verdad que propios recuerdos, no. Era muy chiquita.

Estudiante: ¿Cómo es que lográs contar la historia sin quedarte atascada en “todo lo que me pasó es horrible” sino que lográs entender que fue algo que pasó y que te llevó a ser lo que sos hoy y no ocultarle nada a tus hijos? Digo, en vez de quedarte quieta y decir “no sé cómo seguir”.

Claudia: Sí, son momentos, ¿no? Y bueno, también han pasado veintipico de años, digamos, de que fui restituida y también ha habido momentos en ese transcurrir que fueron mejores, otros peores. Tuve mucha ayuda, busqué ayuda psicológica, hice terapia, digamos, como que todo esto es un trabajo también. Yo creo que mucho de lo que hay ahí, el no quedarse atascado, es esto: la verdad te permite salir del atasco. Yo lo que creo es eso, poder decir la verdad, poder nombrarla, poder entenderla, poder contarla, compartirla, a mí me saca de la atasco. En el momento en el que me quiero quedar enganchada hay una motivación para no quedarse ahí. Lo otro creo que es un poco también cómo uno va haciendo los procesos, pero la realidad es que, pensando también en otras personas que conozco, con historias parecidas, la mayoría han logrado procesar, poner las cosas en su lugar, ir ordenando, algunos más, otros menos, con matices. Todas historias diferentes

pero la verdad te da la posibilidad de elegir y de tomar decisiones Y nosotros veníamos de otra cosa y sentimos la diferencia de lo que significa el antes y el después. Y por eso está bueno. Pero sí, lleva tiempo; sí, no se puede hacer solo; sí, hay momentos. Hay momentos en los que se hace más difícil. Pero... en general... es eso, el trabajo interno, ¿no? Y hacer esto, y el que ustedes pregunten y vayan y vengan, también ayuda.

Docente: Claudia, yo te quería preguntar, ahora que estás involucrada en Abuelas de Plaza de Mayo. ¿Crees que va a haber un momento en que algún militar vaya por la verdad, que se abran las voces? Falta todavía una parte de la historia que no fue contada, que se mantiene oculta... y te quería preguntar si averiguaste el destino de tus padres biológicos.

Claudia: La verdad que no creo que puedan. Esto es totalmente mío, personal: creo que si hasta ahora no hablaron, me parece que... Ojalá, la verdad que uno no pierde la esperanza. Mi abuela, por ejemplo, yo sé que ella espera el día en el que alguien venga y le diga qué pasó con su hijo, con mi mamá. Ojalá que sí. Yo... qué sé yo. Creo que si con todo lo que se hizo no lo hicieron, me parece que están como súper plantados en un lugar. Hay pactos de silencio, evidentemente, que no se rompen y no se ha logrado. Ojalá que sí, ojalá que en algún momento alguno pueda decir algo. La verdad que lo que se pide es eso, se pide la verdad, ¿no? Y no solo a esos actores que seguramente saben, sino a todos. En Abuelas calculamos, así, a grosso modo, que por cada apropiación que sucede hay como 100 personas que saben. Porque entre los familiares de esa familia que apropió, que no son directo el apropiador y la apropiadora, entre los vecinos, el portero del edificio, la gente del colegio, hay un montón de gente que sabe. Y ese silencio sigue existiendo. Pasan 45 años y la gente no se anima a contar lo que sabe.

Disgrego un minuto, pero para poder llevarlos a esto, que me parece que está bueno, que tiene que ver con el tema de la denuncia, que a veces causa tanto resquemor, ¿no? Todos aprendimos en los casos de violencia de género que por más que si vos escuchás que tu vecino la golpea a la mujer, tenés que denunciar porque eso no es algo privado, no es algo de ellos dos, es algo que es un delito, es de orden público y hay que actuar. Las apropiaciones son lo mismo, son un delito, son de orden público.

No podemos decir eso es algo de ellos, de la familia, si no quieren que no hagan nada. No podemos, la realidad es que tenemos una responsabilidad, los que sabemos, los que conocen. Esa es una lucha que las abuelas vienen dando hace un montón de años y siguen subsistiendo todos esos silencios. Creo que la dictadura hizo un daño que todavía persiste, que a veces nos parece que no está y sigue estando.

Después me habías hecho otra pregunta y me perdí. Eh... Ah, lo que pasó con mi padres. No, la verdad que no... No, en el momento del juicio no dijeron nada. Cuando todavía tenía impunidad, este hombre Julio Simón había estado en un programa de televisión y él dijo que les habían tirado un avión al río, pero es una cosa que él dijo, la verdad que los dichos de ellos... Lo que pasa es que también cuesta hoy por hoy, sin ninguna comprobación, creerles. Porque nunca se caracterizaron por ser veraces y en sede de juicio no lo dijeron. La verdad que no sabemos qué pasó con ellos.

Estudiante: ¿Qué maneras hay hoy en día de encontrar nuevos nietos apropiados?

Claudia: La manera número uno sigue siendo la apelación a la sociedad, a ellos mismos, a sus hijos y a sus hijas, que es lo que están haciendo las abuelas ahora, lo que estamos haciendo ahora. Que los chicos lleven de la escuela el discurso hacia sus casas y le digan ¿cuántos años tenés vos? ¿Vos estás seguro que sabes quiénes? La apelación a la sociedad es el número uno. Y después hay una investigación que hace el Estado y la Organización Abuelas de Plaza de Mayo donde investigan activamente. Hay bases de datos, hay un cálculo. El cálculo es que hay cuatro millones de personas nacidas en el rango de la dictadura. De esos 4 millones buscamos a 300, lo cual es medio de una aguja en un pajar. Pero hay una unidad fiscal de la fiscalía que se creó a instancia de las abuelas que hace ese trabajo. Van partida por partida filtrando por determinados valores, buscando determinados patrones, investigando a ver en dónde hay cosas raras que puedan llevar y de ahí se saca algún dato, se trata de acercarse a esa persona y decirle, mostrarle las pruebas que hay y decirle que estaría bueno que sea un examen de ADN. Esa es la manera que tenemos, acá y en el mundo, ¿no? Porque nietos y nietas se han encontrado en Estados Unidos, en España, en países bajos. Entonces tratar de

llevar al mundo el mensaje a ver si aparecen. Lo que más esperamos es que ellos vengan, porque es muy difícil.

Docente: Muchas gracias por prestarte a esta charla tan profunda y sincera. La escuela entera agradece.